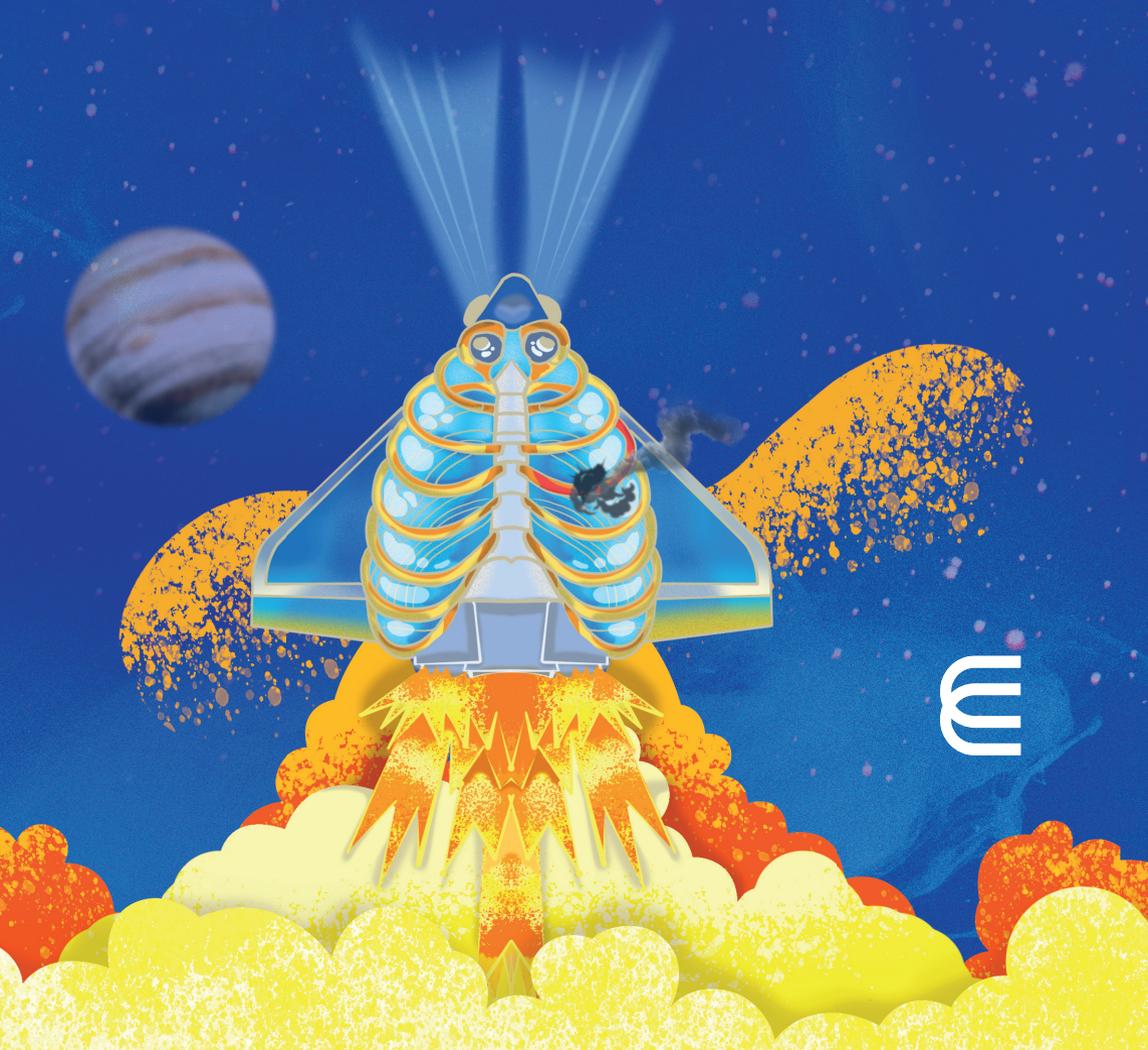


YA <NO> PUEDES VOLVER Y OTROS CUENTOS

Juan David Cruz Duarte



Juan David **Cruz Duarte**

**YA <NO>
PUEDES VOLVER
Y OTROS CUENTOS**

Juan David **Cruz Duarte**

YA <NO>
PUEDES VOLVER
Y OTROS CUENTOS



Colección Rafue

© Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, noviembre de 2025.
© Juan David Cruz Duarte

ISBN impreso: 978-958-760-576-1
ISBN PDF: 978-958-760-577-8
ISBN epub: 978-958-760-578-5
Doi:
<https://doi.org/10.16925/9789587605785>

Nota legal

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio –mecánicos, fotocopias, grabación y otro–, excepto por citas breves en textos académicos, sin la autorización previa y por escrito del Comité Editorial Institucional de la Universidad Cooperativa de Colombia.

FONDO EDITORIAL

Director Nacional Editorial

Julián Pacheco Martínez

Especialista en Producción Editorial (libros)

Karen Grisales Velosa

Especialista en Producción Editorial (revistas)

Andrés Felipe Andrade Cañón

Especialista en Gestión Editorial

Daniel Urquijo Molina

Analista Editorial

Claudia Carolina Caicedo Baquero

PROCESO EDITORIAL

Corrección de estilo y lectura de pruebas

Marco Cardona Giraldo

Diseño y diagramación

Diego Abello Rico

Ilustración de portada

Mario Alarcón

Impresión

Shoptesing S.A.S.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Cruz Duarte, Juan David, 1986-, autor

Ya (no) puedes volver y otros cuentos / Juan David Cruz Duarte. -- Bogotá : Editorial Universidad Cooperativa de Colombia, 2025. 278 páginas.

Incluye datos curriculares del autor.

ISBN 978-958-760-576-1 (impreso) -- 978-958-760-577-8 (pdf) -- 978-958-760-578-5 (epub)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI - Colecciones 2. Paradojas - Cuentos 3. Meditaciones - Cuentos

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1156352

Sobre la ilustración de cubierta

Al diseñar la cubierta de *Ya (no) puedes volver y otros cuentos*, quise resaltar el relato que da nombre al libro. Me inspiró la soledad del personaje, su fragilidad y esa vulnerabilidad que todos compartimos cuando nos alejamos de quienes amamos. La costilla rota se transformó en símbolo: una herida que no solo duele en el cuerpo, sino que también refleja las dificultades de ver truncado un proyecto personal. Por eso la nave lleva en su interior una caja torácica luminosa, una metáfora del viaje entre el dolor y la esperanza. Quise que esa imagen transmitiera, al mismo tiempo, la renuncia y el anhelo profundo de reencuentro, como un recordatorio de que incluso en medio de la distancia siempre late la posibilidad de volver a quienes más queremos.

Mario Alarcón

Para mis hermanos, con amor.

SF is a literature of technologically saturated societies. A genre that can therefore emerge only relatively late in modernity, it is a popular literature that concerns the impact of Mechanism (to use the older term for technology) on cultural life and human subjectivity. Mechanized modernity begins to accelerate the speed of change and visibly transforms the rhythms of everyday life. The different experience of time associated with modernity orients perception towards the future rather than the past or the cyclical sense of time ascribed to traditional societies. SF texts imagine futures or parallel worlds premised on the perpetual change associated with modernity, often by extending or extrapolating aspects of Mechanism from the contemporary world. In doing so, SF texts capture the fleeting fantasies thrown up in the swirl of modernity.

Roger Luckhursts, *Science Fiction*

*En algún sitio alguien se equivocó
y los planos terrestres presentan un fallo, un
defecto de forma.
Primo Levi, "Hombres de negocios"*

Contenido

- 11 Introducción
- 19 Laberinto verde
- 29 La paradoja de Newton
- 67 La cuarta dimensión
- 77 La paradoja del algodón
- 97 Ladridos en la noche
- 109 El Siglo de Oro
- 117 La paradoja del nueve de abril
- 123 Los dioses piden sangre
- 131 *Daysleeper*: el mundo a medianoche
- 153 El último gólem
- 167 Hacia lo profundo
- 173 Una mente infinita
- 181 Kaiju
- 187 El mundo a mediodía
- 217 Marte: 2103
- 233 Ya (no) puedes volver
- 251 Crónicas espaciales: 10-4-3-4
- 261 El caso de los narameks
- 271 Refugiados

Introducción

Este conjunto de relatos narra la travesía de un intelectual en los intrincados senderos de la ciencia ficción. Juan D. Cruz se comporta como un explorador, similar a los protagonistas de obras como *Las minas del Rey Salomón* y *Doc Savage*, equipado con su libreta y el arsenal narrativo disponible para cualquier contador de historias. Tal como se indicaba en una famosa serie sobre exploraciones espaciales, Juan D. Cruz se aventurará audazmente a territorios donde ningún académico se ha atrevido a ir antes. Nos disponemos a atravesar una frontera única, que nos libera de las ilusiones y creencias que nos limitan, lo cual nos permite acceder a esas zonas en penumbra clausuradas por la enorme cantidad de mensajes subliminales derivados de la visualización constante de dramas televisivos y programas paranoicos, donde la realidad se desmorona en cada instante y se

crea una rutina que puede convertirnos en meros seguidores de un rebaño ciego.

De hecho, habitamos en un mundo donde la realidad, en lugar de ser un concepto estático y predecible, se percibe más como una ilusión multifacética, tejida por paradojas, contradicciones y dimensiones ocultas que se escapan a nuestra comprensión inmediata. La certeza de lo que creemos conocer se tambalea constantemente, y lo que un día consideramos absoluto se transforma al siguiente en un misterio insondable. Vivimos inmersos en un tejido de percepciones, creencias y hechos, pero si observamos con más detalle, todo cuanto damos por sentado parece desmoronarse en su complejidad. ¿Es la realidad tan sencilla como parece, o está compuesta por capas invisibles que se ocultan a nuestra vista y comprensión?

12

Desde las paradojas que desafían las leyes de la física, como la dualidad de las partículas o el principio de incertidumbre, hasta las distorsiones que emergen en los pliegues más profundos de nuestra mente, donde la percepción se entrelaza con la ilusión, cada episodio de esta narración nos invita a cuestionar no solo lo evidente, sino también lo que consideramos seguro y tangible. La mente humana, en su infinita capacidad de pensar y crear, es a la vez un faro de luz y un laberinto de sombras, donde lo conocido puede volverse lo desconocido en un parpadeo, y lo que creía-

mos cierto se convierte en un espectro difuso de posibilidades. Así, nos vemos obligados a desafiar las normas establecidas, a rasgar el velo de lo cotidiano para adentrarnos en un terreno tan familiar como ajeno, un terreno donde lo conocido pierde su poder y lo desconocido comienza a adquirir una forma intrigante y peligrosa.

Esta travesía no se trata solo de explorar los rincones oscuros de la ciencia o de la historia, sino también de comprender cómo nuestra propia percepción modela y distorsiona la realidad. ¿Es acaso nuestra mente un simple receptor pasivo de lo que nos rodea, o es un actor activo que constantemente construye, destruye y reconfigura el mundo que creemos conocer? En este viaje, invitamos al lector a descubrir las grietas en las que se esconden las paradojas, a explorar realidades posibles y a adentrarse en lo desconocido, donde las respuestas no son definitivas y el camino nunca es claro.

En “La paradoja de Newton”, nos encontramos ante la aparente discordancia entre la seguridad de las leyes que rigen el universo y los enigmas que siguen desafiando nuestra comprensión. Más allá de las leyes físicas, exploramos “la cuarta dimensión”, un concepto que ha desconcertado tanto a científicos como a filósofos. En esta búsqueda de lo inobservable,

descubrimos que la vida puede parecer sencilla bajo la luz lunar, aunque las sombras nocturnas revelen verdades más complejas.

Sin embargo, la realidad va más allá de lo visible o tangible. “La paradoja del algodón” nos recuerda que incluso los aspectos más ordinarios pueden ocultar un profundo misterio, mientras que “Ladridos en la noche” nos lleva a un ámbito donde la lógica se desvanece en lo extraño, lo inexplicable y, quizás, lo sobrenatural.

Mientras avanzamos en el tiempo, nos encontramos con “El Siglo de Oro”, un período que parece ofrecer respuestas, pero que, en su zenit, solo suscita más interrogantes. “La paradoja del nueve de abril” y “Los dioses piden sangre” nos transportan a momentos históricos que se disipan en el tiempo y desafían nuestra habilidad para comprender el pasado. Finalmente, en “El último gólem”, la división entre lo humano y lo artificial se difumina, invitándonos a contemplar el futuro de nuestra especie.

Al sumergirnos en “Hacia lo profundo”, nos vemos ante los enigmas del universo y, a la vez, ante la complejidad de la mente humana, que se expande hacia dimensiones sin fin. ¿Qué implica poseer “Una mente infinita”? ¿Se trata de un don o de una carga? Nos aventuramos más allá de las constelaciones, a regiones donde las reglas conocidas dejan de tener validez, y de repente, encontramos seres de otros mundos: los “Kaiju”, titanes que de-

safían todo sentido común, monstruos que emergen de nuestros temores más profundos.

En “El mundo a mediodía”, la idea de un cosmos ordenado se desvanece y da paso al tumulto de lo desconocido. Con “Marte: 2103”, nos trasladamos a un futuro en el que la humanidad ha superado las fronteras de la Tierra, aunque las respuestas continúan siendo esquivas. Y cuando creemos haber alcanzado la verdad, surge la pregunta perenne: ¿es viable regresar? En “Ya (no) puedes volver”, comprendemos que el tiempo y el espacio pueden ser, en realidad, simples ilusiones concebidas por la mente.

A través de “Crónicas espaciales: 10-4-3-4” cruzamos los límites del planeta, y en “El caso de los narameks” descubrimos que lo extraterrestre podría estar más próximo de lo que pensamos, tan cercano como nuestro propio latido. Finalmente, en “Refugiados”, se revela que la búsqueda de un hogar nunca se detiene, ya sea en la Tierra o entre las estrellas.

Este es un viaje hacia lo inexplorado, una audaz expedición hacia lo desconocido, donde cada paso pone a prueba los límites de nuestro conocimiento. En cada etapa de este trayecto residen misterios que van más allá de la lógica, realidades que se despliegan fuera del alcance de nuestra comprensión, como las capas de un universo que aún no hemos logrado descifrar. Aquí,

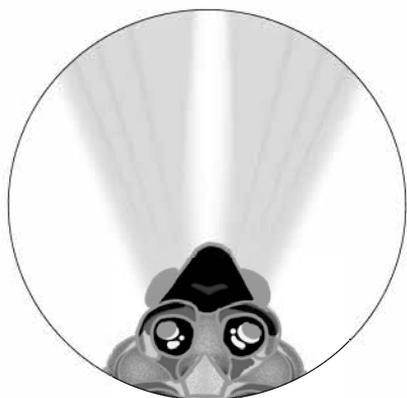
la realidad no se presenta como algo fijo y estático, sino como un punto de partida, una puerta que apenas comienza a desvelar lo que podría existir. Mientras avanzamos, nuestra concepción de lo “real” se disuelve, y las barreras entre lo posible y lo imposible se desvanecen.

Las leyes de la física, las certezas científicas, los relatos históricos, todo aquello que hemos considerado incuestionable se ve desafiado por lo que comúnmente entendemos como imaginación. Las oportunidades que nos aguardan son tan amplias e infinitas como la mente humana, capaz de imaginar mundos, seres, dimensiones y experiencias que jamás hubiésemos creído viables. Este viaje nos invita a explorar no solo el cosmos, sino también la esencia del ser humano, donde lo lógico y lo ilógico se encuentran en desenlaces complejos. Nos confrontamos con la realidad de que nuestra habilidad para comprender es solo un destello en el vasto océano de lo desconocido; sin embargo, es precisamente en esa oscuridad donde se gestan las más grandes aventuras y revelaciones.

Cada historia recopilada en este lugar representa un reflejo de esa búsqueda interminable, para ofrecer una invitación a traspasar el límite hacia lo inexplorado, hacia aquello que quizás todavía no seamos capaces de concebir. En esta travesía, lo único evidente es que nuestras creencias sobre el mundo están a punto

de transformarse, y los límites del saber se amplían de una forma tan sorprendente que ni siquiera las mentes más inquisitivas pueden anticipar hasta qué punto nos conducirá este recorrido.

Boris Greiff, 2025



Laberinto verde

(Amazonía colombiana, 1976)

El profesor Franz Röntgen llegó a Bogotá a finales de 1976. Su viaje desde Berlín había sido largo y extenuante. Después de pasar la noche del domingo en el Hotel Continental, ubicado en el centro de la ciudad, Röntgen tomó un taxi a la Universidad Nacional. Llegó al campus poco después de las nueve de la mañana. Allí se reunió con el doctor Sebastián Estrada, profesor de antropología. Estrada era uno de los últimos que había estado en contacto con el psiquiatra Johann Von der Walde, quien había venido a Colombia a inicios de julio para adelantar su investigación sobre hongos amazónicos.

Von der Walde estaba seguro de que en el corazón de la selva amazónica había un hongo que podría usarse para tratar problemas como la depresión, la ansiedad, el síndrome de estrés postraumático e, incluso, la esquizofrenia. La idea de que este hongo con propiedades fantásticas existía se le ocurrió leyendo los diarios de viaje de un explorador alemán de principios de siglo,

Nikolaus Grass. Grass había recorrido la Amazonía colombiana y brasileña interactuando con nativos de la región, documentando sus prácticas culturales, sus hábitos, sus creencias y la enorme riqueza lingüística de la zona. Según el diario personal de Grass, los miembros de algunas tribus consumían un hongo particular en varios de sus rituales.

El nombre de este hongo cambiaba de tribu en tribu, pero Grass estaba seguro de que se trataba del mismo organismo. Aseguraba que este hongo contenía una sustancia química que le permitía a quien lo consumía “hacerse uno con la naturaleza”. El explorador nunca probó este hongo; aunque quiso hacerlo, los payés o chamanes de las diversas tribus con las que interactuó nunca le permitieron formar parte de sus rituales sagrados. Al fin y al cabo, Grass no era uno de ellos, y aceptó con respeto esta decisión. Su diario no se adentraba mucho en la descripción del hongo, tampoco daba mucha información sobre sus efectos; solo lo describía como un hongo mediano (“no más grande que un puño”) de color rojizo con manchas negras. También lo había dibujado, pero la imagen en cuestión era tan solo un tembloroso bosquejo en medio de las 98 ilustraciones que el explorador había hecho a lo largo de sus viajes por la región. Por su parte, Von der Walde, quien había probado el LSD durante sus años como estudiante en los Estados Unidos (al fin y al cabo, eran los sesenta), creía que este hongo tenía propiedades psicotrópicas que

podían ser beneficiosas para pacientes con problemas psiquiátricos crónicos. Por eso decidió seguir los pasos de Grass y viajó a Sur América. El científico había dejado de responder las cartas y las llamadas de sus colegas y familiares en agosto y, aunque su plan original era regresar a Berlín a mediados de octubre, nadie había vuelto a saber nada de él.

Estrada había ayudado a Von der Walde a conseguir un guía indígena en Leticia para que lo acompañara en su búsqueda, pero el guía había regresado a la ciudad sin el psiquiatra. Aseguraba que el extranjero se había hecho amigo de un chamán y había decidido quedarse en la selva un par de meses más. Esto era todo lo que se sabía, pero Röntgen estaba decidido a encontrar a su colega, a quien conocía desde que estudiaron juntos en los Estados Unidos. Durante sus primeros días en Bogotá, Röntgen logró que Estrada le diera el número de teléfono de un guía local, y también consiguió convencer a un estudiante de Filología e Idiomas de la universidad de que lo acompañara en su búsqueda. El joven, que había sido recomendado por Estrada, se llamaba José Lineros y tenía veintiún años recién cumplidos. Aunque Von der Walde tenía un conocimiento aceptable de la lengua española, Röntgen solamente hablaba alemán, inglés y un poco de francés. El joven era, pues, indispensable para el éxito de la misión, así que Röntgen acordó con él un pago razonable por los servicios de intérprete, y dos días después los dos estaban aterrizando en el Aeropuerto

Internacional Alfredo Vásquez Cobo, cerca de Leticia. Röntgen y Lineros se hospedaron en un pequeño hotel, desde donde el científico alemán realizó varias llamadas telefónicas para asegurarse de que todo estuviera listo para comenzar la búsqueda al día siguiente. Temprano en la mañana se encontrarían con el guía indígena que había recomendado el profesor Estrada, y así iniciarían su búsqueda por la laberíntica selva amazónica.

22 Antes de continuar con el relato, debo aclarar algunas cosas. La primera es que yo soy José Lineros. Cuando Estrada y Von der Walde me propusieron hacer parte de esta expedición, mi sentido de la aventura me impulsó a unirme al académico alemán. También debo aclarar que estos hechos tuvieron lugar hace muchos años, y solo ahora me he decidido a escribir lo que experimenté y lo que vi en el Amazonas. A decir verdad, aunque he viajado mucho por Colombia, nunca he vuelto a visitar esa región del país.

El guía indígena que nos acompañó era un joven fuerte y decidido. Su nombre era Karamakate. Iniciamos el viaje por el río Amazonas, estuvimos remando por largo tiempo. Poco después del mediodía nos detuvimos para almorzar, pero media hora después nos encontrábamos remando en el río nuevamente. Acampamos cuando se acercaba la noche. Karamakate insistió que durmiéramos en hamacas, a un metro del suelo, para evitar el peligro de las anacondas: al parecer son cazadoras nocturnas.

También nos advirtió que no tocáramos las ranas, en especial las de colores, y que tuviéramos los ojos abiertos para evitar pisar serpientes. Yo le mencioné que temía ser emboscado por un jaguar, pero el guía me aseguró que los jaguares prefieren no acercarse a los seres humanos.

Karamakate no era el mismo guía que, meses atrás, había acompañado a Von der Walde en su aventura; no obstante, había estado en contacto con ese otro guía, y nos aseguraba que no tardaríamos en dar con la tribu en donde estaba el viejo Von der Walde. El viaje, según sus cálculos, nos tomaría unos cuatro días de ida y otros cuatro de regreso. Pronto tuvimos que alejarnos del río y adentrarnos a pie en la jungla. Dejamos las canoas amarradas a un grueso árbol. Durante todo el recorrido, Karamakate no soltó su machete, el cual rara vez usaba para apartar la vegetación. Decía que en verdad lo necesitaba por cuestiones “de protección”. El profesor Röntgen y yo no llevábamos armas, tan solo unos palos largos para ayudarnos en la caminata y para asustar animales salvajes, en caso de ser necesario.

En las noches, mientras acampábamos junto al fuego, el profesor Röntgen y yo hablábamos de escritores rusos como Fiódor Dotoyevski y Nikolái Gogol, y de autores alemanes como Hermann Hesse y Goethe. Röntgen también era un aficionado a la música clásica, pero yo prefería la música de los Beatles, Bob Dylan y los Rolling Stones (al fin y al cabo, eran los setenta).

A veces me parecía irónico que Karamakate y yo, que éramos compatriotas, parecíamos tener menos cosas en común que el profesor Röntgen y yo. Supongo que esas son las ironías de la globalización.

Al tercer día de estar avanzando por la tupida vegetación de la selva amazónica, Karamakate me agarró del hombro y me jaló hacia atrás con tanta violencia que casi pierdo el equilibrio. Me disponía a insultarlo cuando nuestro guía señaló al suelo con su machete. Yo había estado a punto de pisar una serpiente coral. Era un hermoso espécimen de vivos colores: amarillo, rojo y negro. Mientras nos alejábamos del lugar en donde nos habíamos topado con la serpiente, Karamakate nos explicaba que realmente no habíamos estado en peligro. Nos dijo que, a juzgar por la disposición de los colores en el escamoso cuerpo del animal, se podía concluir que no era una serpiente coral, sino una “falsa coral”. Esta serpiente es casi igual a la coral, pero no es una víbora venenosa, y no representa un riesgo real para la vida de los humanos.

24

Horas después, escuchamos una música misteriosa que venía de las profundidades de la selva. El sonido era profundo y extraño. Karamakate parecía tranquilo, un poco animado, incluso, como si estuviera reviviendo algún grato recuerdo de su juventud. Röntgen y yo nos mirábamos, confundidos. Le pregunté a nuestro guía qué significaba esa música. Me dijo que se trataba de

las flautas de Yuruparý. Yo me emocioné. Había oído hablar de ese ritual, el evento que marcaba el paso de la niñez a la madurez en varias de las comunidades amazónicas. Le pedí a Karamakate que nos llevara a verlo, pero él se negó. El ritual del Yuruparý no debe ser presenciado ni por las mujeres ni por hombres blancos. Insistí un par de veces, pero cuando noté que Karamakate empezaba a impacientarse decidí darme por vencido. Röntgen no comprendía a cabalidad por qué había discutido con nuestro querido guía. Cuando empezó a caer la noche montamos nuestro pequeño campamento y, después de la cena, nos acostamos a dormir en las hamacas. En mi memoria, todavía podía oír los misteriosos sonidos de las flautas del jaguar y la anaconda.

En la mañana del cuarto día, poco después de haber comido un frugal desayuno a las orillas de una pequeña laguna, Karamakate hizo al fin uso de su machete. Una serpiente camuflada entre las ramas de un árbol se había abalanzado sobre el profesor Röntgen. Karamakate reaccionó con unos reflejos casi sobrehumanos y cortó la serpiente en el aire. La sangre roja y tibia de la culebra salpicó el rostro del científico alemán. Röntgen trató de guardar la compostura, aunque sus manos no dejaron de temblar en lo que quedaba del viaje. “¿Falsa coral?”, le pregunté a Karamakate, tal vez con la esperanza de calmar un poco los nervios del científico. Nuestro guía simplemente respondió: “No”.

25

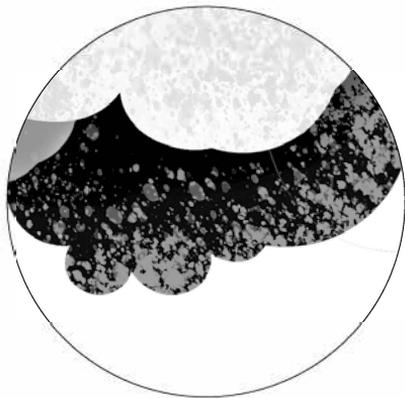
Finalmente, Karamakate nos dijo que estábamos a una hora de la aldea en donde vivía la tribu con la que debería estar Von der Walde. Los tres aceleramos un poco el paso. Röntgen, que estaba ansioso de saber cuál había sido la suerte de su viejo colega, me preguntó si los indígenas de esa tribu eran hostiles con los visitantes. Yo le transmití la pregunta del extranjero al joven Karamakate, y nuestro guía dijo que se trataba de gente amistosa, honesta y hospitalaria. Estas palabras contribuyeron a calmar un poco los ánimos.

26

Estábamos caminando cerca de un riachuelo. A lo lejos vi un pequeño caimán. Recordé haber leído en algún lado que los jaguares a veces cazan caimanes: les rompen el cráneo con sus fuertes mandíbulas y los arrastran a la orilla para comérselos. Pensé que la selva es un laberinto, un remolino hermoso de violencia en donde todos los organismos crecen, copulan, se devoran entre sí, o se pudren entre las paredes verdes de la vegetación. Me sentía como uno de los personajes de *La vorágine*, de Rivera, recorriendo la selva con el pecho lleno de incertidumbre. Noté que mis manos y mi frente, mis axilas y mi espalda sudaban profusamente. Los zancudos y los mosquitos no nos dejaban en paz.

De repente, oímos una voz. Era una voz extraña. No sonaba como la voz de un ser humano, pero tampoco como la de un animal. Miramos por todas partes. La voz parecía venir de detrás de un árbol en la orilla del río. Al acercarnos más pude oír con

claridad lo que decía la voz misteriosa. Era como un rugido inerte, como la voz de una piedra, un sonido ronco que me causó un súbito escalofrío. “Röööööööööööntgen”. Estuvimos inmóviles por un instante. Luego reaccionamos y corrimos hacia el árbol. Tal vez Von der Walde se había lastimado y se había recostado junto al grueso tronco de la planta. Pero al llegar al árbol no vimos a nadie. Noté la presencia de varios hongos rojizos entre la hierba húmeda de rocío. Otra vez oímos el susurro ominoso: “Röööööööööööntgen”. Nos dimos la vuelta y vimos el anciano rostro fusionado con la rugosa corteza de la planta. Von der Walde no estaba detrás del árbol, tampoco estaba adentro del tronco. Von der Walde era el árbol, o tal vez era uno con el árbol. Al fin lo habíamos encontrado. Ahora era uno con la naturaleza.



A lo largo de las eras, la mente humana ha estado en constante búsqueda de exteriorizar los enigmas que nos rodean, desde las paradojas más fascinantes hasta las sutilezas que surgen en los ámbitos de la ciencia y la filosofía. En esta travesía, nos enfrentamos a desafíos que retan nuestra comprensión, que nos impulsan a mirar más allá de lo evidente y a cuestionar nuestras creencias sobre lo que consideramos conocido.

El propósito de la presente colección de relatos es sumergir al lector en una sucesión de reflexiones y dilemas, donde lo que parece sencillo se convierte en algo profundo y complejo. Desde "Laberinto verde", donde los surcos de la psique humana se entrelazan con la esencia de la naturaleza, hasta la "Paradoja de Newton", que desafía las normas que gobiernan nuestro cosmos, cada sección invita a un examen que trasciende los límites del pensamiento convencional.

Al avanzar en estas páginas, veremos cómo las paradojas pueden arrojar luz sobre las zonas crepusculares de nuestro entendimiento, y nos brindan nuevas perspectivas para considerar el tiempo, el espacio, la percepción y la realidad. De ello dan cuenta "La cuarta dimensión", que transforma nuestra percepción del universo, y el enigmático "Ladridos en la noche", que nos insta a reflexionar sobre la experiencia sensorial. Cada capítulo abre así una puerta hacia una realidad más intrincada y asombrosa.

Este recorrido no constituye únicamente una indagación intelectual, también representa un esfuerzo por hallar belleza en lo desconocido, en lo enigmático, y en la asombrosa capacidad humana para maravillarse ante lo inexplorado. En última instancia, lo que se presenta en estas páginas no son meras paradojas, sino órganos de percepción hacia nuevas maneras de comprender el mundo.

Boris Greiff

